



JUBILEO:
INTERPELACION
Y BUENA NOTICIA

Jon Sobrino

Una vez cada cincuenta años resonaba en Israel una trompeta (yobel) que traía una buena noticia: la devolución de la tierra, la liquidación de las deudas y la liberación de los esclavos (Lev 25). Se recordaba así la gran verdad de que la tierra y las personas tienen por unico dueño a Dios, se intentaba reorganizar la sociedad realistamente sobre bases de mayor justicia -aunque el jubileo sólo parcialmente se cumpliera- y se proclamaba sobre todo la gran utopía de Dios: que los bienes de la tierra sean compartidos por todos y que este mundo sea un mundo de vida para todos.

Siglos después Jesús volvió a proclamar esta utopía, anunció la venida del reino de Dios para los pobres y la formuló también como jubileo, el jubileo sin restricciones y para siempre, el jubileo definitivo. Así comenzó su misión en la sinagoga de Nazaret:

*El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido.
Me ha enviado a anunciar a los pobres una Buena
Noticia, a proclamar la liberación a los cautivos y la
vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4, 18s).*

Jubileo es, pues, el anuncio del fin de las calamidades para los pobres y es por ello una buena noticia para ellos.

Es un anuncio religioso, pues se proclama como palabra de Dios; y un anuncio histórico, pues se dirige a transformar la sociedad. Bien ha hecho CAFOD en elegir "Jubileo" como lema para expresar lo que necesita hoy el mundo y lo que los creyentes debemos proclamar y realizar.

A continuación queremos reflexionar desde la fe sobre lo que hoy debe significar un jubileo. Escribimos desde el tercer mundo donde más se capta su urgente necesidad; pero escribimos, sobre todo, para el primer mundo, para urgirle a proclamar un jubileo y trabajar por él. De este modo el jubileo se convertirá en buena noticia para todos: para los pobres en primer lugar, pero también para quienes les ayudan y defienden.

El mundo en que se proclama el jubileo: los clamores de los oprimidos

¿Cómo está el mundo hoy? ¿Cómo está la 'tierra', las 'deudas', los 'esclavos' cuya situación se pretende remediar con el jubileo?

En los países del tercer mundo los pobres **no tienen tierra** pues se la han quitado desde hace siglos y se la siguen quitando, con medidas aparentemente legales, con despojo manifiesto o, si es necesario, con genocidios como los ocurridos en la Amazonia, tal como se lamenta don Pedro Casaldáliga. Se acapara y se especula con el suelo de las ciudades, y así los pobres tienen que vivir mayoritariamente en inmundos mesones o en infames tugurios y favelas. Se acapara la tierra del campo, y así los pobres se quedan sin un pedazo de tierra que asegure su subsistencia y tienen que vender su fuerza de trabajo -cuando lo encuentran- por míseros salarios.

Los pobres siguen siendo los grandes **endeudados**, con las pequeñas deudas que contraen a diario con los usureros y con las grandes deudas de los países pobres. La deuda externa de estos países hipoteca por años y generaciones la vida de los pobres. Cada salvadoreño que hoy nace, viene al mundo con una deuda de unos 500 dólares, cantidad por la que deberá trabajar año y medio para conseguirla; devolverla, de ser posible, le llevaría innumerables años.

Esto es en concreto lo que significa la deuda externa para los pobres, deuda que ha sido contraída sin consultárseles y para fines que mayormente no les benefician.

Los pobres siguen siendo esclavos en el mundo de hoy. Su vida está limitada a la supervivencia, su libertad está reducida a buscar cómo sobrevivir, sus libertades cívicas y políticas -allá donde existen formalmente- se reducen a emitir el voto en días de elecciones sin que eso cambie significativamente su futuro; cuando se organizan sindical y popularmente, con frecuencia tienen que contar con la amenaza y la represión. Al nivel estructural, los países pobres siguen siendo dominados por las grandes potencias, que les imponen lo que van a valer sus productos y su moneda, lo que va a ser su política interior y hasta las guerras que habrá en esos países para que el mundo civilizado no sufra en sí mismo la muerte y la destrucción de la guerra.

Estas son sólo pinceladas para describir cómo están hoy los pobres, los endeudados y los esclavos. Nuestro mundo los sigue produciendo masiva, cruel y necesariamente. Más se parece este mundo a un inmenso Gólgota con millones de cruces que al jardín del Génesis donde, aun con sufrimientos, se podía trabajar y vivir. Y lo peor es que no se ve mejoría, sino empeoramiento. Para fines de siglo se calcula que en América Latina 170 millones de seres humanos, una tercera parte de su población, vivirán en extrema pobreza, su problema más urgente y difícil de resolver será simplemente tener qué comer sin poder atender a otras necesidades primarias como vivienda, salud y educación.

Esta realidad es hoy inocultable e inacallable. Antes que resuene la trompeta del jubileo hay que escuchar el terrible sonido de la realidad, los clamores de los pueblos que suben hasta el cielo, que tocan el corazón de Dios, como decía Mons. Romero, y que -como trágicamente recordó Puebla- son cada vez más claros, crecientes, impenitentes y amenazantes.

Jubileo como interpelación a la conversión

Para todo ser humano y, ciertamente, para el creyente

la realidad de este mundo exige antes que nada conversión. Conversión es 'devolver' la tierra, 'perdonar' las deudas y 'liberar' al esclavo. Conversión significa hoy, por lo tanto, reformas y transformaciones agrarias, condonar o facilitar el pago de la deuda externa, propiciar o permitir transformaciones radicales y revoluciones necesarias.

No nos toca analizar ahora las formas concretas y estructurales de estas conversiones radicales, pero sí exponer las formas fundamentales que debe tomar la conversión para que el jubileo sea posible. Desde la fe, la primera de ellas es volverse a la verdad de este mundo.

No tiene sentido alguno proclamar un jubileo si no hay conciencia de la hondura de los males que con él se deben remediar. Lo que hoy está mal no es uno u otro aspecto de la realidad, uno u otro país que pasa por momentos difíciles, sino -dicho en lenguaje religioso- la misma creación de Dios. Nuestro mundo no reproduce el ideal de Dios en el origen de su creación (protología) según el cual todos pueden trabajar y dominar la tierra (Gén 1, 18-20) ni reproduce la utopía de Dios para el futuro (escatología), según la cual todos podrán trabajar en los campos y comer de sus frutos, edificar casas y habitar en ellas (Is 65, 21-22). No sólo no lo reproduce sino que lo niega para una mayoría de la humanidad. Lo que está mal es, por tanto, el hecho primario de vivir, la pobreza masiva, verdadera cercanía a la muerte lenta que causa el actual ordenamiento mundial y a la muerte rápida y violenta que siempre amenaza a los pobres cuando se organizan y luchan por sobrevivir. Los pobres claman por vivir, por ese mínimo que, en palabras de Mons. Romero, es el máximo don de Dios: la vida. Este es el primer enunciado sobre la verdad de nuestro mundo: que una mayoría de la humanidad vive en pobreza, más cercana a la muerte que a la vida.

Esta realidad debe no sólo ser enunciada sino denunciada, pues la pobreza no es primariamente en el mundo de hoy un destino natural, sino un producto histórico; en lenguaje religioso, es pecado. La pobreza es causada, proviene en muy buena parte de la injusticia que rige el ordenamiento económico de los países y el ordenamiento económico mundial. Es una pobreza injustamente infligida y es por

ello pecado estructural. Es, como declaró Medellín, violencia institucionalizada en sí misma, la primera, más grave y más originante de las violencias. De esta forma el mundo de los pobres se asemeja hoy al siervo doliente de Jahvé, pueblo desfigurado y aniquilado, que tiene que padecer en silencio, que rara vez encuentra quien le defiende, que es tenido -además-, cuando se decide a vivir, por sospechoso e impío. Ese pueblo está violentado y crucificado, carga sobre sí el pecado, la injusticia, el egoísmo y la indiferencia del mundo. Por ser pecado, nuestro mundo tiene que ser no sólo descrito como mundo de pobreza sino denunciado como mundo de pecado.

Este mundo, por último, tiene que ser desenmascarado, pues como todo pecado tiende a ocultarse, a no aparecer tal cual es, a hacerse pasar por lo que no es e incluso a presentarse de forma contraria a como es. Con el eufemismo de 'países en vías de desarrollo' se pretende ocultar el **subdesarrollo**, cuando no el **antidesarrollo**. No faltan mecanismos para ello, como no faltaban en tiempos de Jesús quien tuvo que desenmascarar las tradiciones humanas que se creaban los hombres para ocultar y hasta tergiversar la verdadera tradición de Dios (Mc 7, 8-13) la verdadera voluntad de Dios. Hay que desenmascarar hoy el uso que se hace de creaciones humanas -en sí mismas legítimas y con posibilidades positivas- tales como democracia, seguridad, mundo occidental cristiano, para encubrir la verdad del mundo. Hay que desenmascarar la ficción de que existe una humanidad, un hombre universal, encaminado hacia la razón, la libertad y la vida, cuando así sólo se describe -y de manera muy parcial- lo que es minoría en la humanidad y encubre lo que es la mayoría de la humanidad.

Convertirse a la verdad, ver las cosas como son en sí y en sus causas, mantener esa verdad es la primera interpelación del mundo. Si no se comienza por ahí, aunque aterre mirar al mundo que hemos hecho con nuestras manos, no se podrá escuchar la buena noticia del jubileo. En su lugar se escuchará la voz airada de Dios: "La cólera de Dios se revela contra los que aprisionan la verdad con la injusticia" (Rom 1, 18). Por trágico que sea, hay que

comenzar con la verdad de nuestro mundo: definirlo como **pobreza** que acerca a la muerte, denunciarlo como **pecado** y desenmascarar como **mentira** los mecanismos que quieren ocultar su verdad.

Jubileo como misericordia eficaz hacia los pobres

Según lo dicho, el jubileo exige una primera conversión que puede ser descrita en el lenguaje de las bienaventuranzas como los "limpios de corazón". Pero exige indudablemente una conversión como reacción hacia el mundo de pecado. De nuevo en el lenguaje de las bienaventuranzas, ésta puede ser descrita como la "misericordia".

Misericordia significa dejarse afectar hondamente por la tragedia y reaccionar en forma de servicio. No es primariamente sólo un sentimiento sino una actitud con la que se describe cómo la tragedia de la realidad se ha introducido en lo más profundo del ser humano que la contempla y cómo, por ser afectado en lo más hondo suyo, reacciona desde dentro para salvar. En los evangelios, el término griego usado para expresar la misericordia es **esplagnizomai**, derivado del sustantivo **esplagnon** que significa vientre, entrañas, corazón. Misericordia es entonces una reacción hacia lo que se ha metido dentro de nosotros, que nos conmueve y nos hace actuar desde dentro. Aunque pueda ser éticamente exigible, la fuerza de la misericordia no proviene de que sea exigida desde fuera, sino de que la misma realidad introyectada mueve a ella. La misericordia posee una ultimidad, por lo tanto, que no puede ser demostrada porque proviene de lo último de la realidad. Y esa ultimidad es la que define al ser humano. Cuando Jesús en los evangelios se encuentra con el sufrimiento ajeno reacciona primariamente con entrañas de misericordia. Y cuando quiere definir al ser humano cabal muestra al samaritano de la parábola y lo define como quien es movido a la misericordia (Lc 10, 33).

Ante la ultimidad del clamor de la realidad hay que responder por lo tanto con la ultimidad de la misericordia. Esta es la conversión que exige el jubileo. Esta misericordia, como queda dicho, no es un puro sentimiento sino

una actitud a responder positivamente a la exigencia de la realidad. Por ello debe ser objetivamente eficaz y subjetivamente vigorosa. Ambas cosas, eficacia y vigor de la respuesta, dependerán de la radicalidad con que se ha captado la tragedia del mundo y con que ésta ha movido las entrañas y el corazón del ser humano.

Una misericordia objetivamente eficaz significa actuar en la transformación del mundo de pecado en la línea del reino de Dios. En concreto significa poner signos del reino de Dios, los milagros concretos de Jesús, las ayudas a aliviar necesidades concretas de los que sufren. Esto es lo que hoy ocurre cuando en el mundo se trata de aliviar el sufrimiento de terremotos, sequías, violación de los derechos humanos, guerras, etc. Son los milagros de hoy, signos del reino, aunque no todavía su implantación.

A esa misericordia concreta ante sufrimientos concretos debe acompañar -para que la misericordia sea eficaz- el trabajo por implantar estructuras que correspondan mejor al reino de Dios. En otras palabras, además del amor hacia las personas debe coexistir un amor hacia las multitudes, amor estructural, político si se quiere, que tiene como finalidad la transformación del ordenamiento mundial para que los países del tercer mundo puedan tener vida. Misericordia eficaz es hoy trabajo por la justicia, transformación de las raíces de las que necesariamente surgen tantos dolores y sufrimientos concretos.

Mantener esa misericordia eficaz no es cosa fácil. Al hombre de entrañas de misericordia se le amenaza, se le persigue y se le crucifica. La misericordia de Jesús, de Martin Luther King y de Mons. Romero es una amenaza para los ídolos de este mundo, para los que siguen teniendo un corazón de piedra ante la tragedia. La misericordia necesita entonces ser vigorosa, mantener convicción y fortaleza hasta el fin; con ello, además, logra credibilidad ante aquellos hacia quienes se practica. Misericordia dice ternura, mirada compasiva hacia el sufrimiento ajeno; pero dice también vigor, denuncia poderosa a los opresores y fortaleza para mantenerse cuando éstos, una vez más, vuelven a oprimir a quienes defienden a los pobres.

En el mundo concreto de hoy el ejercicio de la miseri-

cordia debe ir acompañado de un determinado talante. Por una parte, la misericordia debe ejercerse con agradecimiento. Aunque los pobres agradecen a quien les ayuda, hay que agradecer el hecho mismo de poder ayudar. Trágica es la ocasión para el ejercicio de la misericordia; pero, una vez dada, debe agradecerse la oportunidad, pues en esa oportunidad de ayudar al que sufre se da también la posibilidad de vivir con sentido y dignidad en la humanidad de hoy. Por otra parte, la misericordia debe ejercerse como reparación. Estructuralmente hablando no cabe duda de que los sufrimientos de los pobres les son infligidos por el mundo del poder y de la abundancia. Volverse a ellos para ayudar, no es sólo dar sino devolver lo que es suyo. El jubileo no es sólo anuncio de misericordia, sino reconocimiento de la obligación de reparación.

Jubileo como solidaridad: buena noticia para todos

Si el mundo de hoy ejercita la misericordia descrita, eficaz y vigorosa, acompañada del gozo del agradecimiento y la humildad de la reparación, no cabe duda de que está proclamando un jubileo. Es el anuncio de una buena noticia para los pobres. Pero no sólo para ellos, sino también para el mundo que los ha generado. El jubileo que exige en primer lugar conversión ofrece también salvación.

Es una experiencia muchas veces repetida hoy que en la ayuda a los pobres se siente uno ayudado, que en el dar se recibe. Muchos han experimentado solidaridad, es decir un movimiento a llevarse mutuamente los que ayudan y los ayudados, y reconocen que han recibido mucho más de lo que han dado. Los pobres para quienes se proclama el jubileo proclaman a su vez un jubileo para todo el mundo. Aunque aparentemente el movimiento es unilateral hacia los pobres, realmente el movimiento se da en las dos direcciones. Los pobres a quienes se ofrece salvación ofrecen salvación para todo el mundo.

Los pobres de este mundo ofrecen en primer lugar un nuevo y verdadero sentido de la vida a un mundo deshumanizado por la opresión y la indiferencia, por la ilusión del progreso que genera avances cuantitativos pero degenera en la calidad de lo humano. El hecho no puede ser ulterior-

mente argumentado, sino sólo constatado, pero ya está previsto en la Escritura. En los pueblos crucificados de hoy, como en el siervo de Jahvé que describe Isaías y como en Jesús crucificado, hay luz (Is 42, 6; 49, 6) y hay salvación (Is 53, 11). Es ésta una escandalosa afirmación, pero que se muestra como verdad cuando hay un verdadero acercamiento a ellos. Estos pueblos están más cercanos a la verdadera realidad de nuestro mundo, por ello sus sufrimientos son más reales, pero también su esperanza. El gran servicio que nos ofrecen es simplemente ubicarnos en la verdadera realidad de este mundo y por ello en la verdad; y al ubicarnos en la verdad nos devuelven la dignidad perdida en un mundo de pecado y de mentira. Y aunque pueda parecer cosa pequeña, al hacernos ciudadanos de un mundo real y no ciudadanos de un mundo ficticio y pecaminoso, los pobres devuelven el sentido y la alegría de vivir, nos retrotraen a lo verdaderamente humano de nuestro ser humano.

En segundo lugar los pobres nos acogen. Por sorprendente que sea nos admiten a su mesa a quienes secular y estructuralmente hemos sido sus opresores. No nos reclaman por llegar tarde sino que nos abren sus brazos. Con esta acogida nos ofrecen fraternidad y comunión; hacen superar no sólo el individualismo, el aislacionismo -que es la forma más radical, en principio, de condenación- sino la distancia que pareciera insalvable entre opresores y oprimidos. Esta acogida es reconciliación y con ello salvación.

Más en concreto, los pobres nos perdonan, y esto hay que tenerlo muy en cuenta al hablar de jubileo. En el jubileo se perdonan las deudas de los pobres como buena noticia para ellos. Pero hay que preguntarse con honradez qué deuda es la que realmente debe ser perdonada, quién necesita mayor perdón, quién perdona a quién. Juan Pablo II ha dicho que en el día del juicio los países del tercer mundo juzgarán a los del primer mundo. Lo que hay que añadir es que ya ahora el tercer mundo carga con el pecado del primer mundo, no es su deudor sino su acreedor. El tercer mundo es el que puede perdonar, no a la inversa; y está dispuesto a perdonar. El tercer mundo es lugar de pecado, pero también lugar de perdón.

El perdón que otorgan los pobres es un gran don. Con él redescubren el pecado del primer mundo, pues sólo el perdonado se sabe pecador como dice K. Rahner; y eso es un gran bien. Un mundo que no se sabe pecador no está en la verdad, hará todos los esfuerzos posibles por ocultarse a sí mismo su verdad, pero con ello construirá no sobre roca sino sobre arena y todos sus proyectos llevarán más a la deshumanización que a la humanización. Trágico, pero verdadero servicio el que los pobres muestren lo que somos.

Pero los pobres nos redescubren como pecadores en el acto del perdón. Por ello, ese trágico descubrimiento no paraliza, no hace caer en la angustia de la condenación. Con el perdón no nos condenan al pasado sino que nos abren futuro; nos ofrecen posibilidad de vida y de una nueva vida. En la simultaneidad de saberse pecadores y saberse perdonados muchos que se han acercado a los pobres se han sentido liberados, han recobrado esperanza y se han decidido con mayor radicalidad al servicio. Como en la parábola del hijo pródigo, el reencuentro ha sido, contra toda previsión, gozosa. Y en el perdón de los pobres muchos -en un mundo en que no se sabe ya si hay y que es pecado- se han reconocido pecadores ante Dios. Los pobres han sido la mediación del perdón de Dios.

En tercer lugar, los pobres ayudan a reformular y fuerzan a trabajar por una utopía de modo que este mundo pueda ser posible como mundo humano para todos. **Sub specie contrarii** muestran en su misma realidad que este mundo no va en camino de la humanización si se orienta hacia el continuo progreso que con gran frecuencia conlleva la creciente división entre los pueblos, el empobrecimiento del tercer mundo, la perversión de la fraternidad; en una palabra, un mundo que genera el antirreino en lugar del reino de Dios. En positivo nos ofrecen la utopía de un mundo sencillo y austero, pobre incluso, pero en el que se comparten los bienes de la tierra y en el que son primarios los valores de la solidaridad y la comunidad.

Esto es una utopía, se opone al "Western way of life" -que se ofrece sin discusión, aunque muchos lo cuestionen ya- y ofrece "the human way of life". Como utopía, no

parece haber lugar para ella en el mundo (**ou-topos**), pero los pobres ofrecen el camino hacia ella y dan fuerza para recorrer ese camino, para que esa utopía tenga lugar en la historia (**topos**). En cualquier caso esa utopía de los pobres es lo que humaniza a la historia, la que hace que dé más de sí, la que genera desde el futuro utopías parciales pero humanizadoras, pequeñas solidaridades, gérmenes de liberación siempre amenazadas, gestos de generosidad y de entrega, hasta de la sangre a veces. Y habría que preguntarse qué le espera a este mundo si algo de esta utopía no se hace realidad.

Los pobres, por último, ofrecen para el creyente el lugar y los contenidos de la fe en Dios y el hecho mismo de realizar su existencia como existencia en fe. Ellos son los destinatarios inmediatos de la revelación de Dios; y por ello desde ellos se conoce lo que hay de específico y novedoso en Dios, pero también lo que hay de escandaloso. Desde el lugar de los pobres la fe puede hacerse imposible -por poco razonable, aparentemente-, pero puede hacerse también real y, quizás, por primera vez una fe real en el Dios real, tal como se ha manifestado.

Desde los pobres se capta que la revelación de Dios es esencialmente parcial y sólo indirectamente universal. Dios se ha revelado como su salvador y liberador, como haciendo una opción por ellos. La revelación de Dios acaece **en** la opción por los pobres y no con anterioridad a ella. No es por lo tanto que conozcamos a Dios y **después** sepamos de su opción. En el mismo acto revelador Dios se muestra parcial al pobre y a través de esa parcialidad se muestra simplemente como es. Esto es lo que recorre toda la Escritura, desde el momento fundacional de la revelación de Dios en el Exodo, en que Dios escucha los clamores de los oprimidos, por ello se revela y por ello se revela como liberador (Ex 3, 7-10) hasta la revelación escatológica en Jesús en quien Dios se acerca en un reino que es en directo para los pobres (Lc 6, 20). Esta parcialidad de Dios es la que se recoge en los credos de Israel y la que aparece en lo que pueden fungir como definiciones históricas de Dios: "Padre de huérfanos y viudas es Dios" (Sal 68, 5). "En ti el huérfano encuentra compasión" (Os 14, 3).

Ese Dios parcial se muestra en alternativa excluyente y oposición esencial a cualquier otra divinidad que, sea de la forma que fuere, no defiende al oprimido sino que propicia su muerte. De ahí que la fe en Dios se realiza siempre en favor del Dios de la vida y en contra de las divinidades de la muerte. De ahí que la fe en Dios sea y tenga que ser formalmente antiidolátrica, haciendo contra los ídolos de muerte que exigen víctimas -los pobres- para subsistir. De ahí la prohibición de adorar ídolos, de tener por dioses a los dioses "rivales" de Jahvé.

Ese Dios parcial, antiidolátrico por esencia, se identifica con las víctimas de los ídolos y en ellos está. Dios está en la historia en el clamor de los pobres, en la cruz del siervo y de Jesús, en todos los débiles, necesitados y pequeños (Mt 25, 31-46).

Que Dios sea **así** no es ningún descubrimiento de la razón natural y ello ocasiona que la fe en Dios esté en constante tensión. En un mundo en que ambientalmente la fe no sea ya una realidad cultural, creer en ese Dios puede parecer absurdo y por ello la fe puede ser rechazada; puede parecer escándalo y por ello sólo puede quedar la protesta; puede parecer una ilusión y por ello la fe puede ser abandonada. Podrán buscarse otros dioses en quienes creer, más universales, más de acuerdo al misterio tal como lo percibe el hombre; podrá abandonarse toda fe y caer en la resignación de la condición humana.

Desde los pobres, sin embargo, la fe sólo puede ser en ese Dios y la fe es en ese Dios. Ellos la tienen, creen en un Dios liberador y sometido a la limitación y el sufrimiento; en un Dios crucificado y que resucita a los muertos; en un Dios que muere en los hombres y que, sin embargo, es el Dios de la vida. Esa fe de los pobres es una realidad y la ofrecen a todos. Puede o no ser aceptada, pero lo que es verdad es que sólo desde los pobres tiene sentido intrínseco esa fe.

Por ello, muchos de quienes se han acercado a los pobres y encarnado entre ellos afirman que han recobrado o han concretado cristianamente su fe. Dios sigue siendo misterio. En el lenguaje de la tradición se muestra como el

"Dios mayor", mayor que todas las preguntas y todas las realidades y por ello como misterio. Pero aparece como el Dios mayor cuando se le ha encontrado como el "Dios menor" en los pobres de este mundo. Sin saber explicar por qué, pueden dar razón de su fe en ese misterio último porque, desde los pobres, la esperanza se sigue mostrando más sabia que la resignación o la desesperación, el amor más fuerte que el egoísmo, el dar la vida por la vida de los pobres más plenificante que el guardársela para sí. Dios sigue siendo misterio y por ello oscuridad; pero desde los pobres es también luminosidad. Por escandaloso que parezca, ese Dios ilumina más que los dioses que nos hacemos nosotros y salva más que los dioses que deseamos.

Entre los pobres se hace más evidente desde dentro que la vida tiene que ser una vida en esperanza, en amor y en entrega. De eso está hecha la fe en Dios; viviendo así se hace uno afín a la realidad de Dios y la vida puede comprenderse desde dentro como un caminar con Dios en la historia.

Lo que ofrecen los pobres, por lo tanto, es de orden distinto a lo que reciben cuando sobre ellos se proclama el jubileo: ofrecen vida con sentido y ofrecen fe. La solidaridad entre quienes dan y reciben llega hasta esa última dimensión de la existencia de los hombres. El jubileo es una urgente necesidad histórica para que los pobres de este mundo tengan vida; pero ponerlo en práctica es una urgente necesidad para todo el mundo para que la vida con sentido pueda volver a ser una posibilidad.

Jubileo para El Salvador: urgencia de solidaridad

Por trágica coincidencia, al empezar a escribir estas líneas un terremoto asoló a San Salvador el 10 de octubre. Terminemos, pues, describiendo a través de este ejemplo significativo y actual la situación del mundo que necesita jubileo y su urgente necesidad.

El terremoto ha asolado la capital salvadoreña y, como siempre, con mucha mayor crueldad a los pobres que viven en sus alrededores. El terremoto además ha ocurrido en un país que sufre una catástrofe más duradera, más

cruel y más difícil de solucionar por estar originada por causas estructurales: la guerra. A los 1.500 muertos del terremoto hay que añadir los más de 60.000 de la represión y la guerra. A los 250.000 damnificados por el terremoto hay que añadir el millón y cuarto, casi una tercera parte de la población en conjunto, de desplazados y refugiados dentro y fuera del país. Al cierre de algunas fuentes de trabajo por el terremoto hay que añadir el más del 50 por ciento de desempleados con anterioridad. A las tragedias y sufrimientos del terremoto hay que añadir años de cruel represión y los actuales bombardeos a la población civil. En una palabra, el terremoto añade tragedia al pueblo salvadoreño, pero -al menos por unos días- ha servido para recordar la olvidada y tergiversada realidad de su tragedia en los últimos siete años. Pero, lo que es peor, si difícil será reconstruir lo destruido por el terremoto, mucho más difícil se prevé el poner fin a la guerra. Líderes religiosos salvadoreños y diversas fuerzas sociales piden ahora con más urgencia la reanudación del diálogo y el fin de la guerra; la fuerza armada, el gobierno salvadoreño y sobre todo el de los Estados Unidos no lo quieren. No se le ve, pues, fin a la tragedia.

El Salvador es hoy un caso de un pueblo destrozado y crucificado, pero es también un símbolo del tercer mundo que espera y exige un jubileo y que urge a la solidaridad. Ante un terremoto se exige ayuda de emergencia, y ésta suele conseguirse con bastante facilidad. Pero la emergencia va más allá del terremoto, es duradera y estructural; por ello se exige un jubileo definitivo que anuncie la posibilidad de vivir, y eso es mucho más difícil.

Que el primer mundo viva en actitud permanente de jubileo es una utopía, pero hay que trabajar por ello. Para motivarlo, hay que volverse siempre a los pueblos crucificados, tener presentes las palabras de Mons. Romero, mínimas o máximas según se mire: "Que no se olvide que somos seres humanos". Esa es la interpelación del jubileo, la exigencia a no olvidar a los pueblos crucificados, en cuyo olvido, además, acaece el olvido de lo humano, la deshumanización.

Pero El Salvador es también un caso y un símbolo de la activa esperanza de los pueblos crucificados. Entre los escombros hay mucha vida, mucha generosidad de entrega y mucha esperanza. Una vez más, el pueblo quiere volver a vivir. Y en medio de la guerra, en medio de ingentes dificultades por pararla, el pueblo sigue rezando, trabajando, organizándose por forzar un diálogo que lleve a la paz y a la justicia. Esa activa esperanza es la que nos ofrecen los pueblos crucificados y por ello el jubileo es también buena noticia para todos. Los pobres nos introducen en su fe y en su esperanza.

El que CAFOD* haya elegido Jubileo como lema de su celebración es mucho más que la elección de una palabra o de un término bíblico. Es la expresión de la realidad y de la esperanza de los pobres de este mundo y de la posibilidad de que todos los seres humanos podamos vivir con sentido, es decir, en la fraternidad.



* **CAFOD** (Catholic Fund For Overseas Development) es una institución católica, no gubernamental de los católicos ingleses para ayuda al desarrollo. Este año está celebrando el décimo aniversario de su fundación. Comparativamente se trata de una agencia pequeña, dado el número de católicos ingleses, pero ciertamente muy activa y siempre ha procurado estar presente en los países o regiones donde la ayuda solidaria se ha necesitado. Desde sus inicios ha trabajado en Centroamérica.

Su actual Director General, el Señor **Julián Filochowski** es un experto en la región centroamericana, trabajó durante varios años en Belice y Guatemala y ha visitado continuamente Centroamérica.